

Autor: Alba Àvila

3r ESO text guanyador castellà

# El libro de la vida

Todo empezó una primavera de 1938, cuando mis padres me dijeron que ese verano lo pasaría en la casa de la Tía Mey. Allí vivían mis primas Carla y Susana. Era una casa al lado de la playa, a las afueras de un pueblo pequeño. Supongo que mis padres pretendían impedir, que el caprichoso e injusto viento que arrasaba las ciudades y que acompañaba las vidas de todo el país, no pudiera dañarme allí, que el pueblo burlara, a ese viento que nadie podía burlar, la guerra.

Los primeros días, los pasé con mis primas arreglando mi habitación y explorando la casa. En seguida nos hicimos muy amigas, aunque no las veía desde que teníamos 5 años. Carla era un año mayor que yo, era lista, decidida, y tenía un corazón enorme, solo que tenías que acercarte para oír-lo. Susana tenía un año menos, era muy simpática, extrovertida y siempre nos divertía con sus historias de aventuras que leía, pero que nunca terminaba porque le gustaba inventarse su propio final. La Tía Mey y su marido Tom, se portaban muy bien conmigo pero eran muy distintos a mis padres.

El primer día de Julio, se organizaba una fiesta en la playa, donde todo el pueblo acudía y donde acudimos nosotras con unos vestidos de verano muy bonitos. Nos sentamos cerca de una hoguera, donde parecían reunidos todos los muchachos y todas las chicas. Donde se palpaba un encanto y una dulzura, que te hacían flotar a mucha distancia de la realidad, o al menos de la guerra. Allí conocí a Javier, era el mejor amigo de mis primas, del cual siempre hablaban, siempre las hacía reír, pero en sus ojos había una tristeza oculta, un temor que él se guardaba. Pasábamos los días con él, y cuanto más le conocía más me fascinaba y más quería estar con él. Él me enseñó a nadar, y yo le enseñé a tocar la guitarra, aunque creo que solo quería aprender a tocarla para oírme cantar canciones, que siempre escuchaba mirándome sin cesar. Era cuatro años mayor que yo, tenía 18 años, pero parecía que eso no importaba, simplemente a mí me encantaba estar con él y mis primas siempre decían que él me miraba como no miraba a nadie. Los días de verano pasaban, como la lluvia, cada gota era una sonrisa, una mirada o una caricia y todas juntas hacían la lluvia del amor. Estaba como encantada, cómo si el pueblo fuera todo, y lejos de allí no hubiera nada, todo mi corazón latía junto al mar y no quedaba sitio en él para la tristeza de todo el país.

Javier y yo nos escapábamos cada noche para ver las estrellas, y callados, admirábamos la complejidad de ese espacio tan cerca y tan lejos de la tierra.

Había aprendido a vivir sin mis padres, porque tenía a mis primas y le tenía a él, siempre pendiente de mí, siempre mirándome como si viera en mí algo, que los otros no podían ver, y cuando lo hacía desaparecía ese temor inexplicable que a veces invadía su mirada.

El verano llegó a su fin, y llegó la última noche bajo las estrellas, antes de que yo volviera a la ciudad. Esa noche fue especial, me acarició la mejilla con suavidad, y sin saber como hacerlo, me dijo que le esperara, que él pensaría en mí todos los días, y que siempre recordara que yo era la única a quien su corazón pertenecería. Y me besó, con pasión pero con suavidad y sentí como en sus ojos volvía ese temor y esa tristeza.

No lo entendí hasta cuando ya estaba en la ciudad, y vi en mi maleta una carta, era de él. Cada palabra que leía, era como un peso más en mi pecho que me hacía difícil respirar y que no tenía medicina. Le habían reclutado, ese viento caprichoso había llegado, como llega a todas partes, a ese muchacho lo había convertido en un hombre para luchar, a mi corazón lo había dejado sin nada y se había llevado la felicidad lejos de aquí. Y a esos ojos, les había dejado para siempre ese temor. Dos corazones, que depositaban toda su energía en el sueño de estar juntos y en la capacidad de imaginar un lugar, donde se permitiera amar, eran separados por una guerra que aniquilaba cada sonrisa que encontraba en su camino. Pero había algo más fuerte que esa guerra, estaba segura, y envié millones de cartas a Javier para que lo entendiera, para que le diera una esperanza, una luz a la que mirar en medio de esa lucha, para que supiera que todo mi amor era para él. Pasaba el tiempo, ni siquiera tenía nada de él, ni una sola carta, pero fui fuerte, porque era lo que le decía a él, que nunca parara de luchar. Hasta que un día, por fin, el soldado regreso a su hogar, el chico convertido en hombre, regresó. Cuando le vi, acercándose a mi casi llorando de alegría, pensé en las historias de mi prima, que nunca quería terminar de leer, porque prefería decidir ella el final, y comprendí que aunque muchas páginas de la vida se escribían sin pedir permiso, a veces podías escribir tu que final querías, o al menos, luchar por él.